

## “LA BARRACA” NOVELA MEDITERRÁNEA

### EL SESGO EPICO

No sigue hoy la novela un solo rumbo exclusivo. Conviven, en efecto, con rezagos, muy pocos, de escuelas que fueron ya de postrimerías, en el siglo diez y nueve, los vástagos demasiado abundantes, quizá, de los creadores de la moderna reseña de aventuras. Y no se olvide la pululación de las fábulas detectivescas, obra de esquiladores, más o menos descoloridos, del Poe de las “*Historias Extraordinarias*”. Juntamente con dichas hileras eslabónanse las que anudan los adeptos a la narración fantástica, sustentada en hipótesis científica, a veces irradiante en el ámbito de la posibilidad psicológica o social. Sólo faltaría recordar los artesanos y ocasionalmente artífices del relato erótico, arrimado a las doctrinas de Freud y a los cultivadores de la novela cosmopolita. Tendríanse, así, señalados casi todos los aspectos de la especie literaria en su nerviosa actualidad.

Casi todos los aspectos. Uno, sin duda el fundamental y que mejor precisa la actitud de nuestro tiempo, desde el punto de mira de la originalidad creadora, queda por indicar. No se trata por cierto de la biografía anovelada, tan en boga, y cuya mayor consecuencia habrá de ser, por ventura, el haber sometido al cartabón de la ironía el énfasis mitológico de la Historia. La alusión dirígese a la novela introspectiva, eco, ya que no remedo, de las alucinantes creaciones de Dostoyevsky. “A todos o a casi todos nos ha marcado profundamente” dice con energía Mauriac, refiriéndose al gigante ruso. Pertenecen a la posteridad de éste los dos forjadores máximos de la narración contemporánea: Proust y Joyce. Uno y otro se manifiestan irreductibles a las seducciones de la objetividad del mundo y de la sensación transitiva, ese vínculo entre nosotros y el fluir de las apariencias. La actitud de ambos, sorprendentemente

paralela, es la de aquel repliegue hacia lo íntimo que bautizara Kant, con frase que no disonaría en Shakespeare, de “descendimiento a los infiernos del yo”.

Toda esta producción, si por una parte desdeñosa de la realidad objetiva y, por la otra, analítica de lo psíquico hasta lo indecible, opone a nuestra época de velocidad un ritmo de resignada lentitud. Dócil, dueño de una atención sin tropiezos ni fatigas, ha de ser quien la lea. El hombre de hoy, hijo de días de apresurado compás, ofrece este paradójal tipo de lector. Gustador de íntimos misterios, asimila capítulos y más capítulos de obras sin el menor interés argumental, pero que le brindan el arbitrario deleite de abismarse en lo recóndito de la subconciencia y los instintos primordiales. El universo ya no es engarce de la creatura novelesca: representa someramente una faceta de ese poliedro.

Por supuesto que nos conduce a tales apreciaciones, y, a causa de su misma antítesis, la perspectiva del libro que hoy, desde un sesgo particular, estudiaremos. Muchos años, muchos más que los denunciados por la cronología semejan haber transcurrido desde que se publicó *La Barraca*. Su mismo famoso autor, no obstante el tesón con que se esforzó por demostrar lo diverso de su afán, hállase catalogado entre los escritores que prolongaron durante el siglo veinte una fórmula legada por el diez y nueve: el naturalismo. ¡Toda una comarca literaria que se halla ya del otro lado del horizonte! Sin embargo, urgente es todavía el hechizo de esas páginas. Sobresalen, por intrínseca virtud, sobre las limitaciones de la divisa a que, en los comienzos, obedeció su autor. Difícil dar con obra como *La Barraca*. tan opuesta, en su pujanza dramática y llameante declaración de la verdad terrestre, a la novela que priva en la actualidad, por igual ajena al patetismo de la fábula y a la abundancia descriptiva. Ninguna más radicalmente diversa, por típica y terruñera, de la narración cosmopolita e introspectiva ahora en auge. Compúsola Blasco Ibáñez al promediar el primer período de su actividad, por entero dedicada a pintar los panoramas y hombres de su región, época en que, como nunca, exaltó su pluma golosamente epidérmica la belleza de lo elemental. Es presumible que, no obstante la opulenta energía de su lenguaje, el escritor valenciano no logrará en la historia de la prosa española una categoría que exceda a la que

ocupa como forjador novelesco. Pero acaso no se equivoque quien manifieste que tanto como el novelista valdrá en Blasco Ibáñez, ante el porvenir, su apasionada afirmación de vida. Y es este otro rasgo diferencial, frente al pesimismo y el análisis de muchísima novela vigente. A tal respecto y, pese a su amargura, pocos libros de nuestro narrador tan significativos como el relato donde la modesta figura del huertano Batiste se yergue, entre ondulantes púrpuras de incendio, émula, dentro de su modestia, de atormentadas imágenes antiguas.

Es ya venerable la opinión — acuñóla Federico Schlégel — que estima la novela una desviación del linaje épico. Tales altibajos ha padecido el más cultivado de los géneros, capicísimo de metamorfosis como ninguno, que en el instante actual, su remoto y grande origen sólo con esfuerzo cabe serle atribuído. Traspasada de lirismo, la esfumante novela contemporánea antes que nada afín con la objetividad épica, bien puede, y aun pugnazmente, significar el reverso. Grados hay empero, sin retroceder mucho en el tiempo, es dado hallarlos, desde *La Guerra y la Paz* y *Salambó* hasta *A la sombra de las muchachas en flor* y *Ulises* como para asegurar sobradas ratificaciones al aserto. Descúbrense relatos que no desaguan-do en lo atomizante del análisis, atiéndense a la marcha unívoca de una acción la cual, dotada de plasticidad, se plantea, anuda y desenlaza. Y cuando, como acontece en *La Barraca*, una de ellas, esta acción trasluce el arranque de una colectividad, dentro de ámbito desnudamente popular, casi primitivo, lleva certidumbre presumir que encaramos, algo próximo, estructuralmente, de esas primeras estribaciones, mansas todavía, de la arriscada cordillera épica, que son ciertos idilios. Así *Hermann y Dorotea*, así *Mireya*.

También en rudo estilo es ahora homérica Blasco Ibáñez. Con la precisión del libro niega al folletinista que fuera antaño, y que, tal cual vez, volverá a ser. . . En la limpidez de los ingredientes narrativos se desentiende de la lección de Zola que oyera al componer *Arroz y Tartana*. No se compadece la sobriedad de su juego anímico con la idolatría a Víctor Hugo, de cuya tinta procede quizá el amontonamiento de visiones que escrespa *Los muertos mandan*. Libro macerado en lo íntimo de la facultad creadora. "El incendio de la barraca, en el cual sin pecado, creo sentir un potente aliento homéri-

co" sentenció Rubén Darío (1). "*La Barraca*, ese poema del Mediterráneo occidental, si se le buscan bien los entronques y ascendencias, uno por uno, muy atrás, vienen nada menos que de la *Odisea*", declaró Pérez de Ayala (2). Más que un efecto, más que la filiación: homérico es el tejido del libro. Y ello por lo que ya aclaramos y además por esta denuncia, también muy principal: la de ser la acción narrativa su instancia suma. A través de ella conocemos los personajes, y cuando la acción calla respecto a la cifra psicológica de tales creaturas, calla igualmente el autor. Estando construídas según el ángulo de la verdad verificable en episodios y situaciones no se ciñen a un intento de profundización analítica. Ello es forzoso, dado el temperamento del novelista, pero cierto es también que tal módulo corresponde al genuino creador épico.

Huérfana de "grandeza" *La Barraca* y no ya divinos ni semidivinos sino abatidamente humanos sus héroes. Pero ved como la fábula se transfigura en colores y relieves. Pincel y cincel alivian trabajo a la pluma, esforzándole el primor. Púrpura de horizontes presta patético contraluz a negros volúmenes que son hombres en los que late el furor. La pupila unitaria del novelista — épica pupila — otorga linaje de ente artístico a una barraca, a unos campos quemados de sed, a un caballo: lo inorgánico, lo sin razón, y truécalos en agentes de la actividad estética que por sus trascendencia afectiva, en un como reemplazo de la "máquina", se suman a la conducta de las creaturas humanas. Y homogenizadas con ellas participan de sus ansias. Ondaje humanado del Xanto discurre por el agua de la acequia que riega el campo implorante. El *Morrut* sin el don de las palabras aladas de los equinos homéricos comprende, sufre y exprésase con mirada que halla eco de ternura en el amo y los suyos. Y la vega, según los empujes de la fortuna del protagonista se esquiva o halaga "rostro ceñudo que se desarruga y sonrío". Mundo objetivo y extraversion de la riqueza íntima peculiarizan esta fábula que tanto se concibe compuesta hace pocos lustros como en los días de

(1) España Contemporánea, ed. Garnier, pág. 224.

(2) Libro homenaje al inmortal novelista V. Blasco Ibáñez, pág. 84.

*Pablo y Virginia* u ocupando una rapsodia en los relatos del trajinante Ulises.

#### ESCRITOR POPULAR Y NUEVO

*La Barraca* fué escrita en 1898. En una España remecida por los sacudimientos de las andanzas bélicas y de la posterior paz desastrosa apareció el libro, extrínseco a la agobiadora preocupación del instante.

Publicada primero en el diario *El Pueblo* de Valencia, no excedió de setecientos ejemplares la primera edición de la novela que luego había de alcanzar un tiraje que excede al de un ciento de millares, nada más que en lengua castellana. Si representó un acontecimiento editorial y consiguientemente económico para su entonces, menesteroso autor, fué gracias a la traducción francesa, hecha en 1901 por el profesor Herelle, Acreditado el libro en París, prodújose automáticamente su repercusión y auge en Europa. A la traducción francesa siguieron otras y otras en todos los idiomas de Europa. "Si se suman los ejemplares de sus numerosas versiones extranjeras, pasan seguramente de un millón", certifícanos Blasco Ibáñez no sin recordar la ganancia líquida de la primera edición: setenta y siete pesetas. Bien nos dice el hecho apuntado, en su gruesa materialidad que el valenciano no es autor para minorías. Ningún novelista puede serlo, por lo demás, salvo en grado relativo y durante cierto tiempo: el que tarde en asimilar la muchedumbre, su forzosa destinataria, la novedad del mensaje que se le envía.

No podríamos con solamente lo dicho deslindar a Blasco Ibáñez. De cierto no es escritor para unos pocos selectos. Más: es específicamente un antípoda de dicho linaje artístico. El ancho aliento de su estética pide acústica de multitudes. Definenlo la facundia del lenguaje y el dramatismo de los temas. En él no se da, por ningún modo, la circunstancia de un estilo señorial, altanero tabique interpuesto entre el lector y las escondidas gemas de la creación literaria. Llانة y brazos abiertos, su novela. Ni exótico el ambiente, ni extraordinarios los personajes, figuras de cada día, labradas en el granito de lo popular y tan valencianos como los trigales de las huerta. La mira-

da del narrador se posa con respeto, ungidamente, sobre paisajes y criaturas. Sólo atiende al arabesco lineal y a la ponderación de la atmósfera envolvente. No obedeciendo a los vaivenes del lirismo ni a los del humor, ningún elemento herético, venido de los adentros del sentir: arbitrariedad de lo satírico, capricho de lo estético, turba su ortodoxa representación real. Y, sobre esas configuraciones panorámicas y morales, la prosa, dócil a las honduras y relieves de la materia que reviste, se extiende sin reticencias, acusándolas con diáfana fidelidad de aire cristalino.

Para atenernos sólo a plumas del Levante ¡cuán diverso su brochazo magnífico de las cautelosas filigramas de Azorín y Miró, esos dos sedentarios! Blasco Ibáñez, republicano de por vida, que soportara el destierro y el presidio, orador del Parlamento y el motín, empresario editorial, colonizador y viajero, emplea un lenguaje que en su hercúleo dinamismo patentiza limpidez y arrebató de ademán, si rara vez elegante, en todo caso dotado de pletórica eficacia comunicativa. La persistente prosperidad de su libro, justificada por lo popular del tema y lo espontáneo de una expresión sin ambiciones, descansa, explicación de ambas cosas, en el sesgo de su tremendo arranque vital ceñido por un cerco de estímulos, la tierra y la raza, capaces de hacerlo vibrar en grados de máxima simpatía.

Es también determinante de la irradiación afortunada de *La Barraca*, amén de la de otros libros de este autor que cuenta con millones de lectores, el sortilegio pictórico, halago del más laborioso de los sentidos. Aquí se ejerce iluminando figuras populares animadas de visceral autoctonismo. Blasco se muestra en *La Barraca* nervioso pintor de la vida rural, vida que pulsán en dolorido trémolo pasiones de un solo plano, sin escorzos ni matices. Y todo ello acompasado por los ritmos elementales de un paisaje enfurecido de luz. Cuando el valenciano se dió a construir relatos, Pérez Galdós había ya levantado inmensa catedral novelesca donde la absorbente atmósfera ética repelía los colores terrestres. La Pardo Bazán y Pereda aventaban sobre la sensibilidad contemporánea morriñas lluviosas de pazos solariegos o el imperial acento de las mares y montañas de Cantabria. Blasco Ibáñez trajo el esplendor febeo como un nimbo de oro jocundo sobre la cabeza de sus apasionados

labradores. He aquí una de las aristas de su novedad: contra el enlutado fondo del ascetismo español, puso una nota discordante: estremecimiento de la luz desnuda. Con él surge la emoción del campo levantino. Por virtud de estas páginas cunden hálitos vigilianos en las proximidades del pueblecillo de Alboraya y de los barrancos de Carraixet, no lejos de Valencia, frente al Mediterráneo. Naturaleza domesticada por el paso de las civilizaciones y el cultivo a que la somete una población tupida y tenaz. Toda ella, fácil al ojo que quiera dominarla en un pestañeo, tan breve muéstrase su panorama. Es un mundo diminuto concentradamente compacto, así en los predios donde sonríen las mieses, como en los corazones que amojonan la secular sabiduría de la costumbre y los dictados de una moral heredada, sin desviación posible, cualquiera sea quien intente corregirla. Todo allí vive en solidaridad, las barracas que se recortan idénticas bajo el cielo unánime y los hombres hechos un solo querer con sus familiares, sus viviendas y sus bestias de labranza ¡tan amadas!

De esa uniformidad fluye sensación de paz y ventura doméstica, de sana prosa donde el alma sin velos se arremansa en letargo que la halaga. Rotundidad plástica compensa el lirismo ausente en la naturaleza acotada, sin selvas ni desiertos inciviles. Regodeo de la animalidad de los sentidos, gozo de la conciencia sin honduras y quita de espirituales torcedores, hacen de la trágica historia de *La Barraca* una loa, sino de la felicidad, del arrebató de vivir. Y con ello se está, asimismo, en campo opuesto al de la eterna contrición española y a la metamorfosis intencional de los personajes: ascésis en Galdós, mordacidad de Baroja, estetismo lúbrico en Valle Inclán, urgencia metafísica en Unamuno. La musa de Blasco Ibáñez es, aquí, la impersonalidad. Impersonalidad tan afin con lo patético como falta del sentido de lo profundo.

#### EL REGIONALISTA

Estas páginas nos conducen a región de magnificencia agraria, una de las unguidas que ostenta en su cerco el "mare nostrum" del antiguo: la huerta valenciana. Cielos apasionados sobre tierras felices, y, en torno, la hornaza ondulante y azul del Mediterráneo para cuya evocación es impetuoso amuleto

el pincel de Sorolla. El narrador obedeció al conjuro de un ambiente, ambiente que fué su cuna. Ya, hijo de Valencia había trazado en *Arroz y Tartana* la novela de su ciudad. Y en *Flor de Mayo*, atando con el hilo de la aventura las playas de Levante con las del Africa, la del mar que contemplara en juegos infantiles y vagares de adolescente. Años después, tras *La Barraca* y *Entre Naranjos*, ambas de historia desenvuelta en la huerta, si bien la última con intensa radicación urbana, compuso *Cañas y Barro*, artística florecencia de la Albufera, el lago inmenso, orillado de selva. Y, saludándolo por entero novelista de una comarca, vémosle más allá de ciudad, mar, huerta, naranjales y lago reconstruyendo en *Sonica*, *la Cortesana*, el instante más vivo de la historia de Sagunto. Histórica y geográficamente el escritor se nos presenta como regionalista sin términos medios.

Tal acento no traduce preceptismo estético o capricho literario realizados sólo por virtud de artística destreza. Es algo más. Es el alargamiento en materia de hermosura de una fase de la biografía del artista: proyección de latencias viscerales en su naturaleza de mediterráneo. Blasco Ibáñez, lustros adelante, había de desbordar por el entero mapa español y aún por el universal. Situará la acción de *La Bodega* entre el fuego andaluz de Jerez de la Frontera y la de la *Catedral* entre las calcinaciones de Toledo y la de *La Tierra de Todos* en nuestro Río Negro y la de *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis* en los campos de batalla de Francia. Con lo que ejercerá en la literatura peninsular el pontificado del cosmopolitismo, ganando en celeridad visual y soltura arquitectónica lo que haya de descontársele en agudeza evocativa y concentración argumental. Mas ahora es regionalista, regionalista con pasiones eternas, eso sí, pero que, de todos modos, obedece a ese rito de novela española, según la cual, el tipismo de cada comarca ibérica será ocasión de primicia que habrá de satisfacer ineludiblemente el catecúmeno. Si exceptuamos al isleño Pérez Galdós, ¿quién no se inició con ademán regionalista? ¿Quién se rehusó en sus comienzos y aun después a ser oriflama de su rincón nativo?

Blasco Ibáñez, al componer *La Barraca*, cumple un dictado de su vivir. Es no turista sino autóctono que vierte el caudal de sus sensaciones de toda la vida en páginas donde el color



vive como un ser. “Muchas veces, tendido en la playa a la sombra de una barca o en los cañares que bordean las acequias de la huerta, al ver sobre el azul del horizonte la colina roja de Sagunto y sus baluartes amarillos prometí a la ciudad heroica que escribiría una novela describiendo sus sacrificios... cuando llegase a ser un novelista. Y cumplí mi palabra” Esto que Blasco nos comunica relativamente a la invención de *Sonrica la Cortesana* extiéndese a todas sus narraciones vinculadas a la región del Turia. El escritor al revelarnos en *La Barraca* su comarca, la porción campesina en este caso, no es sino eco consciente y que goza serlo de la dilatada polifonía sensible de su espléndido terruño. Y lo es de modo singular.

Regionalistas hay como el andaluz Arturo Reyes y el montañés Pereda, de suerte tal que lo que en ellos no responde a esa inclinación, estorba. Recogimiento de pazo antiguo, bruar de pinares al claro de la luna nos da la Galicia moderna y casera de Emilia Pardo Bazán. Y de una Galicia medioeval procede el tizne humoso y litúrgico que arrebuja el esmalte de las páginas de Valle Inclán. Y si bien la autora de “*Morriña*” se evade hacia lo universal del pensamiento, y el padre de las “*Sonatas*” hacía las delicias de un estetismo entre católico y perverso, uno y otro perseveran en su retonar a la terriña. No son sino excepcionalmente libros fundamentales, en estos escritores, aquéllos donde lo céltico no irrumpe sea en alusión concreta — asunto y personajes — sea en escondidos trémolos de la expresión sensible.

Diverso giro ofrece el, en un comienzo, regionalista Blasco Ibáñez. Guarda su actitud cierta analogía con la de Baroja. Si practicó la religión literaria de lo terruñero fué nada más que durante una estación. Regionalista, mas para dejar de serlo, Sólo retornará en circunstancias en que lo local representa una de las muchas tintas de la construcción novelesca, no la totalidad de la atmósfera, polarizada ya por lo universal psicológico o histórico. Recuérdesse la trilogía barojiana “*Tierra vasca*” libros gemelos en su propósito interpretativo de panoramas y costumbres de los de Blasco, cuya cúspide es *La Barraca*. Traspuestas las lindes de la Vasconia y la Valencia nativas, allá se van el vasco y el levantino a recorrer España y el mundo. Sin duda el ritmo dispersivo es mucho menos extenso en Baroja quien, por lo demás no deja de volver, de cuando en cuando, a la

tierra nativa. El vasco ante todo psicólogo y atento a la ética, el valenciano más que nada colorista y fabulador exuberante darán a su vez parejamente un vuelco hacia lo histórico. Baroja compondrá las *“Memorias de un hombre de acción”*, Blasco, añorando los días imperiales de España la serie que comienza en *“El Papa del mar”* y se interrumpe en *“El caballero de la Virgen”*. Y esta homología practicable sin esfuerzo entre temperamentos tan ensañadamente contrarios robustécese más aún, si se repara en que todas las posibilidades de arte de ambos narradores hállanse contenidas en los cuentos y novelas de sesgo vernáculo. Y unas y otras son asimismo obras de inauguración, primeros robustos pasos en la senda interminable.

Blasco Ibáñez, y he ahí lo inalienable de su regionalismo, no se vuelca hacia el íntimo latido de las cosas sino que acaricia sus apariencias rutilantes y apasionadas. Es un mediterráneo. Solicitan al hombre de esta estirpe la orgía de los aromas, las cabriolas de la luz, el jugar de los sonidos. Ninguna mano como la suya para posarse en los contornos cálidos del mundo. Su lengua gusta el sabor del viento. El entero perímetro sensual lo hará vibrar en eco fiel. Si la pluma del habitante del Norte es venablo siempre ansioso de abismarse en inéditas profundidades, la del hombre ribereño del *“mare nostrum”* se goza en resbalar sobre las superficies. Mediterráneo es Blasco Ibáñez. Un consanguíneo de Zola, Carducci, Verdi, Sorolla, y consiguientemente, más sobrado de pasión y sensaciones que de conceptos. No es el suyo el nivel de la voluntad deliberativa, de la intelección que engendra los sucesos, y determina, aplicándose a la conducta, al multiplicar y depurar los motivos de su esfuerzo, la propulsión del carácter. Pertenécele el de las individualidades instintivas, rápidas en su espontaneidad que no se dilata en resonancias, bajo las bóvedas de la conciencia y el raciocinio, sino que arden en llamaradas de temperamento.

Por ello los problemas psicológicos que afronte no serán los destinados a mantenerse, como tales, prolongadamente en estado de fructuosa irresolución sino los que de inmediato se volatilizan, alcanzado el epílogo mediante el dictamen de una moral asida a las normas usuales de la conducta de colectividad o individuo común. No hay elaboraciones psíquicas extraordinarias en nuestro escritor. Asíéntase en el ámbito de la sensa-

ción, y sus sensaciones, no decantándolas un sutilizador raiocinio, exhibelas en *La Barraca* desnudas en su pavorosa fuerza, sin que alcance a sacar de esa abundancia, relativamente a la expresión, todo el partido que pudo extraerle un temperamento intelectual más agudo.

Su novela, decimos *La Barraca* vale más por la riqueza de la materia que por la inflexión expresiva. Esta es casi tangencial si bien cromáticamente poderosa. La metáfora, el trozo descriptivo, la evocación de las apariencias físicas de los seres forman los modos característicos de su moldeamiento del tema. Pero en cambio, abunda el diálogo, y menos el monólogo interior, ojivas de la novela, abiertas hacia los panoramas de la profundidad anímica. Este silvestre mundo de realidades de primer plano a las que corresponden formas expresivas que representan la corporación transfigurada de circunstancias sin adherencia a la reconditez pensante, muéstrase impelido por una fuerza de insólita pujanza que vitaliza lo que sin su concurso fuera apenas haz de alusiones a lo epidérmico o pintoresco: la pasión. Es *La Barraca* un coherente organismo de acciones y de gestos que anudan y desatan situaciones de patética reciedumbre, rayanas, a veces en desmandada, bien que verídica, truculencia. Y esto, aquí, no proviene de la ejemplaridad del corifeo de Medan, tan pródigo en trances de melodramática rudeza. Surge de las propias entrañas del asunto, del movimiento psicológico de los personajes, agudamente irritables, entre la exaltación telúrica de los campos solares y el agujoneo de la miseria económica. Quiérello así, también, el empuje racial de esas creaturas cuyo oído deleita el trueno de las escopetas y para cuyos ojos se hizo el pasatiempo de las *fallas* ardientes en noches que punza el acento de las flores embriagadas. Y el autor, cuna levantina y oriundez aragonesa, es uno con ellas. Musa grave de Ausías March, pincel tremendo de Ribera.

La elocuencia se alía con el embrujo de lo lujosamente plástico. En nuestro meridional el arranque expresivo adviértese como un ansia, sin contrapeso, de modelar y modelar. Tiranía de la sedienta retina. Nace la imperfección de su estilo de tal exuberancia, índice a su vez de correlativa penuria en otros planos de lo perceptivo o ideal. El predominio de las alusiones sensuales vinculado al juego psíquico de los personajes, produ-

cido casi siempre en función de sensaciones o pasiones primarias que el escritor no sólo señala sino que también transfigura en imágenes de ordinario visuales o sonoras a la vez que poderosamente cinéticas, nos muestra la expresión de la novela sometida a un exclusivo movimiento pendular de trasposiciones de lo material a lo material. También, nueva cargazón, lo incorpóreo obedece al mismo proceso: metamorfoséase en términos espaciales. Nunca o rarísimamente adviértese el desvanecimiento de lo sensual en la atmósfera del espíritu. Por ello *La Barraca* adscribese en la percepción del lector, particularmente, por el juego de sus imágenes y comparaciones, como un conjunto de monótona y alucinante plasticidad. Nada vale argüir, como origen de tal desequilibrio, la carencia de clásica cultura, que alguien enrostró a Blasco Ibáñez. Ni tampoco, rozando un tema paralelo, puntualizar la desdichada acumulación de gerundios, el escaso registro de los nexos, la a veces manida adjetivación, las poco variadas conjugaciones, la adjetivación no siempre feliz, el apiñamiento de las comparaciones y metáforas. Prosa evidentemente flotante la de Blasco Ibáñez. Es que con el registro sensual variado, la morfología de las cláusulas y períodos, su íntimo *pathos* responde a sentido, intuición rítmica a la postre, negado al exorbitante levantino. Nunca había de ser suya la trabazón del período, por momentos soberana, de del Valle Inclán o Miró. Escasos en sus páginas los hallazgos eufónicos, los solemnes o traviosos movimientos de esas batutas ejemplares. Ni mucho menos habrá de pedirsele, hombre de pupilas deslumbradas por el mar latino, la riqueza idiótica y frásica de un Pereda o un Galdós por cuya peñola fluye en majestuosos trazos la sentenciosidad popular de la meseta y sus aledaños quemados por un sol teológico. Lejos de él, el acento genial de Castilla.

La prosa de Blasco Ibáñez, sanguínea y luciente, asimilase en la cortedad de su cláusula a la fácil abundancia de aquella que peyorativamente se moteja de periodística. Ni Víctor Hugo ni Zola, sus ídolos, aparte el ser extranjeros y lo incommunicable de su modo, pudieron suscitarle el ansia de una elocución que abarcase la totalidad de las excelencias formales. Por fortuna, las demasías de su pluma espontánea, tocada, a trechos, de vulgaridad, nunca consisten en lo azucarado de un Fernán Caballero, en la geométrica aridez de un Valera. Es un eruptivo.

“Sufrió alucinaciones. La noche en que terminó la novela (*La Barraca*) trabajó hasta la madrugada; estaba solo; acababa de escribir la cuartilla final y levantó la cabeza: sentado delante de él vió a Pimentó. La impresión fué tan violenta, que Blasco tiró la pluma y retrocediendo como para no ser acometido por la espalda se retiró a su cuarto; la sombra trágica del huertano permaneció allá, de codos sobre la mesa, junto al quinqué inmóvil en medio del silencio y la amplitud del salón obscuro. (1) Dominado por la impaciencia deja que sus originales vayan sin leer a la imprenta, y, como Balzac, únicamente los corrige cuando están en pruebas” (2)

Esto, que acaba de certificarnos Eduardo Zamacois, se compagina con lo que el mismo Blasco Ibáñez nos comunica:

“Yo soy un impresionista y un intuitivo; por lo mismo esa lucha terrible entre el pensamiento y la forma, de que tanto se lamentan otros autores, apenas si existe para mí. Es cuestión de temperamento. Yo creo que las obras de arte se ven instantáneamente o no se ven nunca: si lo primero, el asunto se agarra con tal fuerza a mi imaginación y me absorbe y me posee tan en absoluto, que, para descansar, necesito llevarlo al papel de un tirón. El alboroto nervioso que me produce la reacción de los últimos capítulos, especialmente, constituye para mí una verdadera enfermedad: se me cansan la mano y el pecho, me duelen los ojos, el estómago, y, sin embargo no puedo dejar de escribir; el desenlace tira de mí, me enloquece; parezco sonámbulo; me hablan y no oigo, quiero salir a dar un paseo y no me atrevo; la mesa me atrae y vuelvo al trabajo. Muchas horas he escrito diez y seis y diez y siete horas seguidas. En una ocasión llegué a escribir treinta horas sin descansar”. (3)

Dijérase que sus dotes son impersonales, gracia de una estirpe que el beneficiado no canaliza conforme el dictado de una síntesis personal. Al no ser un cultivador de sí mismo, no logró proyectar sobre su obra los dones de conquistadas riquezas. En síntesis *La Barraca* nos muestra una convergencia de facultades hacia la objetividad del mundo. Quien pudo corporizar el terror:

“¡Cuánta sangre tenía el tío ladrón! La acequia, al enrojecerse, parecía más caudalosa. De repente, el labriego, dominado por el terror, echó a correr, como si temiera que el riachuelo de sangre le ahogase al desbordarse”.

y el movimiento:

“Pasaban las viejas por las sendas con la reluciente mantilla sobre los

(1) Vicente Blasco Ibáñez, por Eduardo Zamacois, pág. 42.

(2) *Idem*, pág. 16.

(3) *Idem* pág. 17.

ojos y una silleta en el brazo, como si tirase de ellas la campana que volaba lejos, muy lejos, sobre los tejados del pueblo”.

consumará, en juego de contrastes y subordinaciones, así en el volumen como en el color, descripciones de un grupo humano tan potente como la que sigue, donde hasta la luz dijérase escultórica:

“Allí estaban, en cuerpo de camisa, con pantalones de pana, ventruda faja negra y pañuelo a la cabeza en forma de mitra, todos los hombres del contorno, los viejos se apoyaban en gruesos cayados de Liria amarillos y con arabescos negros; la gente joven mostraba arremangados los brazos nervudos y rojizos, y como contraste movía delgadas varitas de fresno entre sus dedos enormes y callosos. Los chopos que rodeaban la taberna daban sombra a los animados grupos”.

“Muchos labradores, cansados de admirar a los tres guapos, jugaban por su cuenta o merendaban formando corro alrededor de las mesillas. Circulaba el porrón, soltando su rojo chorrillo que levantaba un tenue glu-glu al caer en las abiertas bocas; obsequiábanse unos a otros con puñados de cacahuets y altramuces. En platos cóncavos de loza servían las criaturas de la taberna las negras y aceitosas morcillas, el queso fresco, las aceitunas partidas, con su caldo en el que flotaban olorosas hierbas; y, sobre las mesas veíase el pan de trigo nuevo, los rollos de rubia corteza, mostrando en su interior la miga morena y succulenta de la gruesa harina de la huerta”.

Panteísmo, sensualidad, regocijo pagano de las fuerzas. Sobre la reconcentración sensible el rebosar apasionado. Tales guiones de la concepción estética de Blasco Ibáñez se unifican con su actitud ante el Universo al que evoca insistentemente en lo que tiene de espacial y configurable. Paralelamente, eco de su más íntima resonancia, aquilátase como novelista que antes propende a la narración amena que a la morosidad del análisis. Lo humano en él vale por nota característica de un ambiente que lo absorbe y explica. Eje de su arte es el paisaje, máxima instancia, a su vez, de lo mediterráneo.

#### LA COMPOSICION

Es *La Barraca*, fuera de duda, la más límpida de las producciones de raíz regional que compuso Blasco Ibáñez. El, estimándola en mucho, no la anteponía sin embargo, a *Cañas y Barro*. A ésta juzgábala, propias palabras, “más redonda”. Na-

die disenterá. Priva en dicha última novela tanta plenitud de materia física y psicológica concorde con una más diversificada riqueza en la configuración narrativa que vuelve irrecusable la preferencia del escritor. Pero sólo en el sentido que él le asigna. El de la rotundez. Por lo que toca a la épica pureza, tan ajena al encarnizamiento del análisis como a la atomización episódica en que la novela halla su autonomía, damos en *La Barraca* con una obra típica sin discusión. Es de las de nuestro escritor la que más se aproxima a la ventilada y libre estructura del poema. Agrandamiento de un breve relato anterior <sup>(1)</sup>, al dotarlo Blasco Ibáñez de proporciones de novela, hízolo, por fortuna, manteniéndolo dentro de la ingravidez nacida del predominio de una acción no impedida por la materialidad embarazosa que agobia otros libros suyos. En ese equilibrio estriba, con la vitalidad estética del relato, su concentrada fisonomía.

Pintura de costumbre y ambientes es a primera vista *La Barraca*. Los mismos diálogos en lengua vernácula certifican su fundamental realismo descriptivo, pero a poco que nos internemos en tales páginas advertimos cada vez más verídicamente perfilada su estructura de novela. Muévenla espumosas pasiones, pasiones que no anidan en el instinto. No es el fácil Eros de las consejas folklóricas al uso quien domina en estos párrafos pujantes. El fervor de los encontrados alientos se nutre de fe moral, rízase en llamaradas de austera voluntad.

(1) "Así escribí en dos tardes un cuento de la huerta valenciana, al que puse el título de "*Venganza Moruna*". Era la historia de unos campos forzosamente yermos, que ví muchas veces siendo niño, en los alrededores de Valencia, por la parte del Cementerio: campos utilizados hace años como solares por la expansión urbana; el relato de una lucha entre labriegos y propietarios, que tuvo por origen un suceso trágico y ahondó luego en conflictos y violencias".

"Así recobré el cuento "*Venganza Moruna*", volviendo a leerlo aquella noche, con el mismo interés que si lo hubiera escrito otro. Mi primera intención fué enviarlo al "*Heraldo de Madrid*," en el que colaboraba yo casi todas las semanas, publicando un cuento. Luego pensé en la conveniencia de ensanchar este relato, un poco seco y conciso, haciendo de él una novela, y escribí *La Barraca*. Al relato primitivo le quité su título de "*Venganza Moruna*", empleándolo luego en otro de mis cuentos". LA BARRACA. Prólogo de 1925.

Ética es la entraña de la fábula, lujosa en colores y centelleos, estremecida de roces y aromas como un abrazo de voluptuosidad, pero obediente a un ritmo que se puntualiza en estimación de la conducta. Constituye, puede decirse, una ascesis en que colectividad e individuo se esfuerzan a través de caminos de sangre, en acendrar la respectiva ley de su existencia.

Tal conformación de un adentro ético hacia un afuera narrativo imprime su pauta a la obra. Resuelto el problema con el castigo del personaje delincuente — Batiste — y la prevalencia de la moral colectiva sobre la individual que la desafiara, la novela termina. No habría justificativo para un paso más. Ello prueba con la sobriedad de movimientos del relato su docilidad a una razón superior a los sortilegios de lo descriptivo o argumental. Narración dosificada *La Barraca* y toda ella celebradora de hazañas de la sociedad victoriosa sobre el individuo. Como "*Fuente Ovejuna*" de Lope su antecedente más famoso.

Un buen día, Batiste llega con los suyos a unos campos donde se yergue ruinosa barraca, cerca del lugarejo denominado Alboraya, en la huerta. Nadie había osado tanto hasta ahora. El, rendido por la miseria, jugándose tranquilamente la vida, aceptó la oferta tentadora de los propietarios: dos años libres de arrendamiento. Pena de muerte para quien ocupara esos terrones. Habíanlo decidido así las gentes del contorno, deseosas de castigar a los descendientes del dueño, aquel usurero de Don Salvador, ricacho a quien degollara desesperado por la miseria el tío Barret. Era una historia ya muy antigua. Barret condenado a presidio murió en Ceuta. A su familia la dispersó la desventura. No importa. Todos a una se hacen cargo de la venganza. Nadie abrirá surcos en el predio que cultivara el desdichado. No gozarán los mala sangre de los hijos de Don Salvador las rentas de las tierras homicidas. La desolación de la barraca será también amenazadora enseñanza para todo propietario con humos de tirano. Así transcurrieron diez años. A quien se atrevió a poner los pies allí con voluntad de radicarse en el rincón prohibido, la indirecta de amenazante alusión o el traicionero escopetazo hicieronle desistir. Pero hete aquí que aparece Batiste. Y el intruso, al encrespar la malquerencia de los huertanos, por ofender de su ley de venganza, imprime un nuevo rumbo, que es el fundamental, a la novela. La contienda abunda en sombríos por-



menores y en ella desempeñan el papel de protagonistas Baste y la entera huerta que asume personalidad en la figura del matón Pimentó. Termina con la muerte de éste y la derrota del otro, intruso indigente a quien el incendio de la barraca, obra de los vengativos huertanos, restituye a su ayer de miseria. Tal es, contemplado en sus líneas mayores, el dibujo de la novela.

Analícemos su composición. Blasco Ibáñez inicia la fábula presentándonos el ambiente en que se desenvolverá la acción. Lujos de pintor y alarde también de todos los sentidos del artista, despiertos para exhibirnos en su riqueza de rumbos, sonoridades y matices el escenario jovial de la tragedia. Esto de por sí puntualiza una filiación literaria a la vez que declara la verdad de un temperamento:

“Desperezóse la inmensa vega bajo el resplandor azulado del amanecer, ancha faja de luz que asomaba por la parte del Mediterráneo.

“Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella noche de otoño, que por lo tibio de su ambiente parecía de primavera, lanzaban el gorjeo final como si les hiriese la luz del alba con sus reflejos de acero. De las techumbres de paja de las barracas salían las bandadas de gorriones como un tropel de pilluelos perseguidos, y las copas de los árboles empezaban a estremecerse bajo los primeros jugueteos de estos granujas del espacio, que todo lo alborotaban con el roce de sus blusas de plumas.

“Apagábanse lentamente los rumores que habían poblado la noche: el borboteo de las acequias, el murmullo de los cañaverales, los ladridos de los mastines vigilantes.

“Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto el gallo de barraca en barraca. Los campanarios de los pueblecitos devolvían con ruidoso badajeo de toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia, esfumadas por la distancia...

“De los corrales salía un discordante concierto animal: relinchos de caballos, mugidos de vacas, cloquear de gallinas, balidos de corderos, roncidos de cerdos; un despertar ruidoso de bestias que, al sentir la fresca caricia del alba cargada de acre perfume de vegetación, deseaban correr por los campos.

“El espacio se empapaba de luz; disolvíanse las sombras, como tragadas por los abiertos surcos y las masas de follaje. En la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas, semejantes a enormes pañuelos verdes, y la tierra roja cuidadosamente labrada.

“Animábanse los caminos con filas de puntos negros y movibles, como rosarios de hormigas, marchando hacia la ciudad. De todos los extremos

de la vega llegaban chirridos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito que arrea a las bestias, y de vez en cuando, como sonoro trompetazo del amanecer, rasgaba el espacio un furioso rebuzno del cuadrúpedo paria, como protesta del rudo trabajo que pesaba sobre él apenas nacido el día.

“En las acequias conmoviase la tersa lámina de cristal rojizo con chapuzones que hacían callar a las ranas; sonaba luego un ruidoso batir de alas, e iban deslizándose los ánades lo mismo que galeras de marfil, moviendo cual fantásticas proas sus cuellos de serpiente.

“La vida, que con la luz inundaba la vega, iba penetrando en el interior de barracas y alquerías.

“Chirriaban las puertas al abrirse, veíanse bajo los emparrados figuras blancas que se desperezaban con las manos tras el cogote, mirando el iluminado horizonte. Quedaban de par en par los establos, vomitando hacia la ciudad las vacas de leche; los rebaños de cabras, los caballejos de los estercoleros. Entre las cortinas de árboles enanos que ensombrecían los caminos vibraban cencerros, y cortando este alegre cascabeleo sonaba el enérgico “¡jarre, acá!” animando a las bestias reacias.

“En las puertas de las barracas saludábanse los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a trabajar los campos.

—¡Bon día nos done Deu!

—¡Bon día!

“Y tras este saludo cambiado con toda la gravedad propia de una gente que lleva en sus venas sangre moruna y solo puede hablar de Dios con gesto solemne, se hacía el silencio si el que pasaba era un desconocido, y si era el íntimo, se le encargaba la compra en Valencia de pequeños objetos para la mujer o para la casa.

“Ya era de día completamente.

“El espacio se había limpiado de tenues neblinas, transpiración nocturna de los húmedos campos y las rumorosas acequias. Iba a salir el sol. En los rojizos surcos saltaban las alondras con la alegría de vivir un día más, y los traviesos gorriones, posándose en las ventanas todavía cerradas, picoteaban las maderas diciendo a los de adentro con su chillido de vagabundos acostumbrados a vivir de gorra: “¡Arriba, perezosos, ¡a trabajar la tierra, para que comamos nosotros!...”

Conocemos el lugar de los hechos, único e inmutable en su brevedad ceñidora del acontecimiento trágico, tanto más explosivo cuanto más opresor sea, por razón de su parvedad el contorno material de las cosas. Lo inmediato de la arquitectura de la novela no tardará en acentuarse. En los tres capítulos iniciales el narrador traza la exposición del asunto, justificación de los sucesos que sobrevendrán; ata a cada momento los hechos de ahora con el doloroso pasado que los determina. (De un ayer distante o cercano, que nunca el novelista deja de historiar, procede el impulso de todas las no-

velas regionales de Blasco). Anima estos tres capítulos — la acción actual se inicia ya desde el primero que es por lo demás una síntesis temática de la narración entera — un acecho de amenaza, un como soplo de muerte y castigo, transcendencia de la condena a eterna esterilidad que dejara caer sobre los campos, antaño del tío Barret, la vindicta del contorno. Pronto adénsase la atmósfera permitiéndonos sospechar, los probables caminos de la fábula. La acción comienza a anudarse con la llegada de los intrusos:

“Era un pobre carro de labranza, tirado por un rocín viejo y huesudo, al que ayudaba en los baches difíciles un hombre alto que marchaba junto a él animándole con gritos y chasquidos de tralla.

“Vestia de labrador; pero el modo de llevar el pañuelo anudado en la cabeza, sus pantalones de pana y otros detalles de su traje, delataban que no era de la huerta, donde el adorno personal ha sido poco a poco contaminándose del gusto de la ciudad. Era labrador de algún pueblo lejano: tal vez venía del riñón de la provincia.

“Sobre el carro amontonábanse, formando pirámide hasta más arriba de los varales, toda clase de objetos domésticos. Era la emigración de una familia entera. Tísicos colchones, jergones rellenos de escandalosa hoja de maíz, sillas de esparto, sartenes, calderas, platos, cestas, verdes banquillos de cama, todo se amontonaba sobre el carro, sucio, gastado, miserable, oliento a hambre, a fuga desesperada, como si la desgracia marchase tras de la familia pisándole los talones. En la cumbre de este revoltijo veíanse tres niños abrazados, que contemplaban los campos con ojos muy abiertos, como exploradores que visitan un país por vez primera.

“A pie y detrás del carro, como vigilando por si caía algo de éste, marchaban una mujer y una muchacha, alta, delgada, esbelta, que parecía hija de aquélla. Al otro lado del rocín, ayudando cuando el vehículo se detenía en un mal paso, iba un muchacho de unos once años. Su exterior grave delataba al niño que, acostumbrado a luchar con la miseria, es un hombre a la edad en que otros juegan. Un perrillo sucio y jadeante cerraba la marcha.

“Pepeta, apoyada en el lomo de su vaca, les veía avanzar, poseída cada vez de mayor curiosidad. ¿A dónde iría esta pobre gente?

“El camino aquel, como agotado por las bifurcaciones innumerables de sendas y caminitos que daban entrada a las barracas.

“Pero su curiosidad tuvo un final inesperado. ¡Virgen Santísima! El carro se salía del camino, atravesaba el ruinoso puente de troncos y tierra que daba acceso a las tierras malditas, y se metía por los campos del tío Barret, aplastando con sus ruedas la maleza respetada.

“La familia seguía detrás, manifestando con gestos y palabras confusas la impresión que le causaba tanta miseria, pero en línea recta hacia la destrozada barraca, como quien toma posesión de lo que es suyo”.

“La huerta seguía risueña y rumorosa, impregnada de luz y de susurros, aletargada bajo la cascada de oro del sol de la mañana.

“Pero a lo lejos sonaban voces y llamamientos: la noticia se transmitía a grito pelado de un campo a otro campo, y un estremecimiento de alarma, de extrañeza, de indignación, corría por toda la vega, como si no hubiesen transcurrido los siglos y circulara el aviso de que en la playa acababa de aparecer una galera argelina buscando cargamento de carne blanca”.

Y el nudo se aprieta dramáticamente, de modo tal que las acciones que sucedan no serán sino su corolario alargado en episodios, en el desafiante diálogo que Pimentó sostiene con Batiste:

“Y soltó el par de razones, aconsejándole que dejase cuanto antes las tierras del tío Barret. Debía creer a los hombres que le querían bien, a los conocedores de las costumbres de la huerta. Su presencia allí era una ofensa, y la barraca casi nueva un insulto a la pobre gente. Había que seguir su consejo, e irse a otra parte con su familia.

“Batiste sonreía irónicamente mientras hablaba Pimentó, y éste, al fin pareció confundido por la serenidad del intruso, anonadado al encontrar un hombre que no sentía miedo en su presencia.

“¿Marcharse él? No había guapo que le hiciera abandonar lo que era suyo, lo que estaba regado con su sudor y había de dar el pan a su familia. El era un hombre pacífico ¿estamos? pero si le buscaban las cosquillas, era tan valiente como el que más. Cada cual que se meta en su negocio, y él haría bastante cumpliendo con el suyo sin faltar a nadie.

“Luego pasando ante el matón, continuó su camino, volviéndole la espalda con una confianza despectiva”.

Tras la morosidad de los tres capítulos liminares suceden, con ritmo de andante, las alternativas de la lucha entre Batiste y la malquerencia popular cuyo instrumento es Pimentó. Larga serie de malandanzas comunica a la acción un movimiento de báscula según se incline hacia el lado de la tozudez combativa que, listo el ojo y pronta la escopeta, está resuelta a imponerse y, si el caso viene, a morir matando, y la voluntad vengadora a cuyo servicio cada huertano es saeta de inmensa aljaba. Acusan a Batiste ante el Tribunal de las Aguas, zahieren a Roseta, su hija, las compañeras en la fábrica y las convecinas en la fuente del lugar, maltratan a Batiste y Pascualet, sus hijitos, en la escuela. El odio de los mayores convierte a los niños en homicidas. Pascualet, arrojado por sus condiscípulos en una zanja sucumbe a consecuencia de la fiebre. Esa misma noche, hiriéndole el caballo a Batiste, en-

cienden a éste en furor mortal ante las puertas del avieso Pimentó.

La acción a pique de despeñarse, ahora en la catástrofe, con lo que se frustraría la novela, arremánsase bruscamente. Acierto de psicólogo más que ardid de tramoyista narrativo. Dice el escritor:

“Parece que el pequeñín al irse del mundo hubiese dejado una espina en la conciencia de los vecinos”.

Prodúcese un hiato en la malquerencia, con lo que la acción se desplaza hacia alusiones de serenidad, región sentimental desconocida todavía en el curso de la novela:

“A cada uno alcanzaba algo de responsabilidad en esta muerte, pero cada uno con hipócrita egoísmo atribuía al vecino la principal culpa de la enconada persecución, cuyas consecuencias habían caído sobre el pequeño. Todos los vecinos se levantaron rumiando mentalmente la forma de acercarse a la barraca de Batiste y entrar en ella. Era un examen de conciencia, una explosión de arrepentimientos que afluyó a la pobre vivienda de todos los extremos”.

Nos hallamos en uno de los vértices del relato, sobrealiento del proceso que se inició con la llegada de Batiste a la barraca maléfica. Vana la resolución de no odiar de los odia-dores. La tragedia es ultraimpersonal y alienta más allá de sus agentes visibles: en el aire, en las alusiones apagadísimas de lo que se dice, en los resquicios más escondidos del pensamiento, en la mudez de los labios avezados a la mueca de la cólera y el desdén, electricidad moral pronta estallar en lumbrarada de crimen. El genio de la huerta vigila. Palabras quemantes de mordacidad ponen de nuevo, frente a frente, en un aire de filos de navaja a matón e intruso. Esto sucede en la taberna habitual de los labriegos. Brusca reaparición de la fatalidad que vuelve el rumbo de la acción hacia el antiguo cauce. Cuando Pimentó rueda con la cabeza maltrecha por un taburetazo que le asesta Batiste, reiníciase, concentrado por presión de inauditas violencias, el período anterior de vejámenes y amenazas. Que el forastero, tras ciega persecución quite la vida a Pimentó, quien intentara asesinarle, y estallará, inexorable, animada por los centenares de venganzas que bullen en su seno la Némesis de la huerta. Una noche, allá lejos

velan entre escuálidos cirios al valentón difunto, la barraca es incendiada. Y estas palabras, epilogan el suceso:

“Allí, un poco más serenos se contaron.

“Todos: estaban todos, hasta el pobre perro, que aullaba melancólicamente mirando la barraca incendiada.

“Huirían de allí para empezar otra vida, sintiendo el hambre detrás de los talones; dejarían a sus espaldas la ruina de su trabajo y el cuerpecito de uno de los suyos, del pobre *albaet*, que se pudría en las entrañas de aquella tierra como víctima inocente de una batalla implacable”.

Novela ésta, según vemos, de precisa traza; no al azar comenzada ni interrumpida fortuitamente, según es uso en quienes, no desentrañando en la vida su latente arquitectura sólo se dan a reconocer en ella un fluir interminable; así Azorín y Baroja. Blasco Ibáñez que no pocas veces antes y después de *La Barraca* incidió en rebuscamientos de argumentista, sea por sometido a una concepción sentimental a priori o a una tesis social que pedía demostración a rajatabla, sea por desenfadado efectismo — no arte sino tramoya — descubre aquí, más que en ninguna otra obra, su sentido dramático de la narración, esa destreza en el gobierno de la economía argumental que esforzando la evocación panorámica le permitiera intentos en la pantalla cinematográfica. El relato se desenvuelve con holgura, pausada, equilibradamente. Al presentarnos la moción humana obedeciendo a la marcha de los sucesos, sometido ya que no ahogado lo individual a la sangrienta fatalidad que preside la fábula, se aproxima a la desnudez de la epopeya. La misma carencia de una ulterior noción metafísica coincidiendo con la escasa complejidad de los personajes, animados todos de robusto dinamismo pasional, favorece el ajuste y desenvolvimiento de la acción. Rasgo del relato concebido, no conforme a un diagrama de profundidad mental sino de relieve físico es la armonía muchas veces ausente de las novelas donde un argumento conducido a tropezones, con páginas y más páginas digresivas, representa tributo que sufragará el lector al buceo psicológico o moral o al discreto estetizante. En Blasco Ibáñez, y más que nunca en *La Barraca*, el progresivo y automático desarrollo de la acción es uno de los principios más felizmente consumados de su construcción novelesca.

Pero tanta proporción acompasada no se traduce, felizmente, en monotonía. Ya hemos puntualizado como este artista sin cálculo — sumo intuitivo — nos ofrece en *La Barraca* una narración compuesta con equilibrio en cuyo homenaje es lícito recordar símiles musicales. ¿Qué representan sino “variaciones” de un mismo tema los cuatro encuentros de Batiste y Pimentó, en que el *pathos* trágico coincidiendo con otros tantos momentos arquitectónicos del libro lo ilumina siniestramente? Notables aquí la variedad de movimientos y el dominio que ejercen sobre la distribución total determinados acentos fundamentales, sostén de la homogeneidad del curso narrativo. Con lo cual la curiosidad del lector, tantas veces espoleada y refrenada, mantenida en angustiosa alternación que sólo halla término en la catástrofe, conquista intermitente sosiego, trechos de delicia, sea por los nuevos sentimientos que despierta el relato sea por la riqueza diferencial de lo pintoresco con amenidad o suntuosamente descriptivo. Así, por ejemplo: en la pintura de la huerta matinal, en el episodio de la reunión del Tribunal de las Aguas ante las puertas de la catedral valenciana, en el relato de los amores de Roseta y Tonet. Estímulo del buen humor significa la descripción de la escuela de don Joaquín, especie de dómine Cabra local, en cuyas aulas se congregaba la alocada chiquillería de la huerta. Y si la imagen del mercado de caballos en las afueras de Valencia y la de la taberna de Copa en el trance de la porfía de Pimentó y los Terrerola son evocaciones de sabor pintoresco, en exceso, pormenorizadas, ahí tenemos — fragante de elegía — la figuración del entierro del pobrecito Pascualet que, constituyendo un trozo de soberbio poder representativo, oprime el ánimo con amordazante melancolía.

“Batiste, solo bajo la parra, sin abandonar su postura de oriental im-pasible, mordía su cigarro, siguiendo con los ojos la marcha de la procesión. Esta comenzaba a ondular por el camino grande como una enorme paloma blanca entre el desfile de ropas negras y ramos verdes.

“¡Bien emprendía el pobre *albaet* el camino del cielo de los inocentes! La vega, despezándose voluptuosa bajo el beso del sol primaveral envolvía al muertecito con su aliento oloroso, lo acompañaba hasta la tumba, cubriéndole con impalpable mortaja de perfumes. Los viejos árboles, que germinaban con una savia de resurrección, parecían saludar al pequeño cadáver agitando bajo la brisa sus ramas cargadas de flores. Nunca la muerte pasó sobre la tierra con disfraz tan hermoso.

“Desmelenadas y rugientes como locas, moviendo con furia sus brazos, aparecieron en la puerta de la barraca las dos infelices mujeres. Sus voces prolongábanse como un gemido interminable en la tranquila atmósfera de la vega impregnada de dulce luz.

— ¡Fill meu...! ¡Anima mehua! — gemían la pobre Teresa y su hija.

— ¡Adiós, Pascualet! ¡adiós! — gritaban los pequeños sorbiéndose las lágrimas.

— ¡Auuu! ¡auuu! — aullaba el perro, tendiendo el hocico con un gemido interminable que crispaba los nervios y parecía agitar la vega bajo un escalofrío fúnebre.

“Y de lejos, por entre el ramaje, arrastrándose sobre las verdes olas de los campos, contestaban los ecos del vals que iba acompañando al pobre *albaet* hacia la eternidad, balanceándose en su barquilla blanca galoneada de oro. Las escalas enrevesadas del cornetín, sus cabriolas diabólicas, parecían una carcajada metálica de la muerte que con el niño en sus brazos se alejaba a través de los esplendores de la vega”.

Pasajes regocijados alternan con pasajes lúgubres o terro-  
ríficos; consígnase el suceso truculento y síguele el amplio  
lienzo descriptivo: todo ello en un feliz acoplamiento de to-  
nos diferentes donde la unidad de la obra lejos de dispersarse  
se recoge en recia integración. Equilibrio de lo único y lo di-  
verso. Modulan las pasiones de los hombres atroz monodía en  
torno al tema del odio, y en el mismo sentido unitario, des-  
pliega la Naturaleza, siempre ornada de atavíos de diosa que  
enriquecerá variándolos el tránsito de las estaciones, su júbilo  
inexorable. Vemos la barraca, epónima de la novela padecer  
y alborozarse, renacer y morir como consciente creatura. Y  
es, en sus altibajos semáforo de las idas y vueltas del destino:  
cubierta de desolación atestigua la desventura del tío Barret,  
resucita, verde de parras y alborozada de esperanzas, bajo el  
cuidado de Batiste; abísmase, hecha rugiente antorcha, ante  
los ojos vencidos del intruso. Y tal policromía se recoge en el  
tono exclusivo de un personaje que en su abatida individualidad,  
mezcla de miseria y de leyenda, desempeña función equivalente  
a la del coro en la tragedia: el tío Tomba. Este anciano de ojos  
sin luz, tenido por brujo, avanza guiando su rebaño por la  
huerta. Es el único de allí que cambia con Batiste alguna pa-  
labra tierna. Cuantas veces a él se acerca, profiere insistente  
alusión a los campos malditos, que acompaña el sonar de las  
esquilas:

*Creume, fill meu: te portarán desgrasia!*



Consejo a la vez que profecía: pulsa estas palabras el acento de pólvora y de crimen que se propaga por todos los meandros de la novela: esencia de su sentido de desventura.

El ajuste del argumento no es todo, pero sí cosa principal en *La Barraca*. Aquí, como siempre en Blasco, lo argumental juntamente con lo patético constituye instancia definitiva del arte de novelar. Diez capítulos componen la obra. Céntralos a cada uno una anécdota fundamental, y, lo que más importa, de delineada autonomía estética. El conjunto se organiza en fervoroso espectáculo. Quien lee el libro contempla diez paneles diversos donde el pincel creador no olvidó consignar — temática o simbólica — la debida alusión unitaria. Un políptico, *La Barraca*.

#### INTIMA ESTRUCTURA

Es la que consideramos novela de pasión arraigada en la hondura de la tierra nativa. ¡Ante todo solidaridad para con los propios!. Es también apología de un indestructible sedentarismo que pone en los labios de los héroes, en dichas páginas transeúntes, acento de milenios. Por quebrantar la ley de la huerta verás constreñido a luchar y reluchar hasta caer anulado el tozudo Batiste: forastero no calcula cuanto sacrilegio entraña su osadía: inexplicable para él la santidad de las decisiones de la huerta que decide e impera: sola voluntad inapelable. Es, evocados el padre y el abuelo, viendo latir, en la barraca de que aviesamente le despojan, la presencia de progenitores inmemoriales como pisotea el tío Barret, con amoroso odio, el campo donde naciera, hasta desplomarse rendido sobre el surco “pensando que en adelante la tierra sería su cama eterna” Batiste por ofender al terruño reemprenderá expulsado la azarosa andanza de su vida; Barret en la diestra la hoz de sus abuelos degollará al despiadado propietario de la tierra que ocupa. ¡Ley de la tierra! ¡ley de los antepasados!

Tal doble fuerza anímica exasperando la desnudez agreste del escenario desplaza la obra en el tiempo, hace al lector olvidar que la acción transcurre en días contemporáneos y sitúala, hechizado, en horas remotas. Nada estorba para la ilusión, por lo demás, fácil de provocar cuando la curiosidad se deleita

contemplando idílicas figuras: así la enamorada Roseta a quien su tímido novio obsequia, escena engarzable en Teócrito, con nidos robados en los árboles del contorno, o bien la de Tomba, el pastor ciego que cuida sus ovejas de sucios vellones a través del esplendor de la huerta. Y, si se quiere más, ahí están entre álamos de plata, las muchachas que van a la fuente como las convoca el autor:

“Llevando su cántaro inmóvil y derecho sobre la cabeza, recordando con su rítmico paso y su figura esbelta a las canéforas griegas. Este desfile daba a la huerta valenciana algo de sabor bíblico. Recordaba la poesía árabe cantando a la mujer junto a la fuente con el cántaro a sus pies, uniendo en un solo cuadro las dos pasiones más vehementes del oriental: la belleza y el agua”.

Ni la menor alusión a la modernidad mecánica y muy apagada la tocante al complejo vivir urbano. Lo actual en *La Barraca* no es sino persistencia, eco de costumbres que se adivinan perennes, provenientes de tiempos primordiales, donde el sol que se adormeció en los cabellos de Ruth y Nausícaa dejó para siglos su pátina de leyenda.

El libro atestigua por otra parte una ultrarrealidad subyacente a esos dos impulsos capitales y que, por instantes, los envuelve en cálida atmósfera: la psicología racial. “Gente que lleva en sus venas sangre moruna y sólo puede hablar de Dios con gesto solemne”: Palabras del novelista. Nos las repite una y cien veces, salpicando de alusiones al atavismo arábigo párrafos de subido valor folklórico. Pero por sobre lo declarado, algo más nos certifican en su mudez las actitudes y la acelerada vida interior de los personajes de la ficción, todos dados a la fe de la varonilidad vengativa, de la sangre cuya senda abrió la pólvora o el puñal. Fulguran ojos del desierto en rostros de bronce o de jazmín, y las palmeras parecen recoger rizándolas en un aire de fuego, preces del almuédano. Moriscos los hombres, morisco el paisaje y morisco también el entero movimiento psicológico y moral de la obra donde la barraca, ayer de Barret y hoy de Batiste modula, con la voz de las ruinas y la del incendio, salmo fatalista que condena las creaturas al aniquilamiento, especie de soplo de simún entre cuyas espirales la voluntad se pulveriza. Don Salvador, el tío Barret, Pascualet, Pimentó, tributarán su vida a este *fatum cor-*

porizado en cañas y barro que así devora la existencia de los hombres como las de las bestias, amen de las familias, los bienestares y las honras. En el hospital termina sus desventuras la esposa del tío Barret, sus hijas pararán en la servidumbre doméstica o la mancebía; Batiste y los suyos ¡Dios lo sabe! Tales nos los muestra Blasco ante el porvenir vacío, desertores de la miseria vueltos a su inicial desventura por la maldad de los demás:

“Y todos con resignación oriental, sentáronse en el ribazo, y allí aguardaron el amanecer con la espalda transida de frío, tostados de frente por el brasero que teñía sus rostros con reflejos de sangre, siguiendo con la pasividad del fatalismo el curso del fuego, que iba devorando todos sus esfuerzos y los convertía en pavesas tan deleznable y tenues como sus antiguas ilusiones de paz y trabajo”.

Cláusula acerba. Versículos del Corán tienen una fragancia así.

Agua y pólvora comunican sentido al relato donde siempre varones de pelo en pecho son los que se trenzan en lances que provoca la ira o el alcohol. Entre latente amenaza de muerte, difundida dondequiera, murmura el agua. Agua de acequia sufrida y perseverante que regala el Turia en anchas venas, no al modo de jugar lujoso del Darro en la perfumada molicie de las fuentes granadinas sino en un fluir administrado y útil que habrá de trasuntarse mañana en esmaltes de maizal o en mansedumbre de pan en el mantel. Detona la pólvora en los días de caza y festejo, y también su silbo sella las “cosas” que resuelven los hombres hasta caer, uno de los dos o los dos, rota la entraña o volada la cabeza, en lo escondido del trigal.

Y la fuerza. Y la salud. No hay débiles ni debilidad sobre la huerta dorada, en este libro cuyas creaturas respiran a pleno pulmón el orgullo de existir. La enferma Pepeta, la ramera Rosario, tan a mal con la vida, hallaron en la resignación o en la cólera estímulo para persistir, pese a la malandanza. Y por desmandada que sea la desventura que se ensaña en el prócer Batiste y los suyos, reconocémoslos superiores a su fiero destino. Humanidad casta, de músculos y voluntad magníficos la de *La Barraca*. Interdicciones cristianas le vedarán el solazarse de las saturnales, pero ella se ufana demostrando su pujanza en contrastes donde la sangre fría o la resistencia a

descomunales borracheras pondrán en juego su inclinación al riesgo. No es más que el prolongamiento, en el plano de la conciencia, de la huerta jubilosa en su fecundidad milenaria. Así, esta novela, sin evasión posible hacia horizontes de trascendencia sentimental, estimula, casi exalta, a despecho de su tema, fácil de derivar hacia la melancolía. El Mediterráneo dilata por todo el ámbito de las ardientes páginas incontenible jovialidad pagana.

Tal unificación del ambiente con las creaturas que, tras conducirse como meras emanaciones de la virtualidad distintiva de la tierra, nada más que en la determinación estética de la misma resultan concebibles, singulariza la fábula. Negación del afán transeúnte, posibilidades ceñidas a un solo ámbito emotivo — la odisea de Batiste no interesa al escritor sino en cuanto el héroe es residente allí, átomo psicológico de un conjunto molecular que lo repele — colocan a *La Barraca* en uno de los polos de la novela peninsular. Antípoda de la picaresca.

#### LOS PERSONAJES Y LA ALUSION SOCIAL

Blasco Ibáñez, novelista largamente descriptivo, no engendró las figuras de su relato en un sentido absoluto, si por ello se entiende el descenderlas, arrebatándolas a su valor, de la esfera de una exclusiva postulación ideal, mediante los recursos del análisis: cosa platónica encarnada en la zafia realidad terrestre. No: revelador antes que creador. Al quitar a sus personajes la corteza cotidiana, consumó lo que se propuso y el temperamento le ordenaba: una obra de arte verídica, enjuiciable en su autenticidad por quienquiera, lo mismo que un documento. Fué como una luz ultrapotente que anuló la mediocre claridad donde sus héroes se movían, perfilándolos en atmósfera de más noble estructura.

Esto lo consumó empleando rigurosamente su capacidad de observador, por cierto más recia que aguzada, pero que le permitió elevar los entes de su ficción del nivel de las costumbres al de la humanidad. Todos habíanse codeado con ellos pero nadie los reconoció hasta que él hubo de apresarlos en diáfano escaparate. "A mis bravos amigos — dícenos, — no

podían interesarle gran cosa, unas luchas entre huertanos, rústicos personajes que ellos contemplaban de cerca todos los días". El valenciano fué el brusco revelador de una humanidad ignorada por demasiado conocida.

Aspera masculinidad la de esta novela donde la mujer: Teresa, Roseta, Pepeta, doña Marcela, Rosario, etc., poco cuenta. La piedad de la Eva de la huerta ¡tan casta, tan sufrida! es lon-tananza que mejor perfila las dominantes figuras varoniles del ciego y brujo Tomba, de Don Salvador, del tío Barret, de Copa, de don Joaquín, de Pimentó y, dominándolos a todos, en arranque humano y artística entraña el protagonista Batiste. No individuo absoluto sino, concreción representativa de su grupo social, carne de multitud.

El habitante de esos campos conviviente con los elementos y las bestias es mezcla de ser telúrico y moralista cauteloso. Hombre que clama dejando caer sobre la tierra sedienta el agua aliviadora, con acento como de humano amor: "¡bebe, bebe, pobrecita!", corazón que cuida al par de fraterna creatura a su caballo, y, muerta la bestia servicial sobre el surco donde la rindieran los años y el trabajo, despídela con lágrimas, halla su expresión realista a la vez que simbólica en Batiste. Forastero mas hombre de la provincia también. Si como ente artístico es, ya lo hemos dicho, el más musculoso de la novela, juntamente con Pimentó polariza el doble sentido trágico de las tierras, donde el perdonavidas habrá de trabarse con él, en así para el uno como para el otro, anuladora batalla. Al trazar los rasgos del infortunado protagonista, el escritor ahondó con mayor intención su cincel. Conocemos a Batiste físicamente, a través de una serie de parciales presentaciones sucesivas — Blasco rechaza el retrato estático y por una sola vez; — en cambio el temperamento del héroe, temperamento sin mudanzas, cuyo contenido, por lo volátil de sus ingredientes cabe en la ceñida receptividad de una sola situación, acúsase enteramente en el trance del agresivo cambio de palabras con Pimentó. Lo que sucederá después no será sino corolario de esa irradiante premisa.

Significa Batiste, al par de todos los hombres que le rodean, salvo el maestro don Joaquín, — briosa caricatura novelesca — un personaje serio, sobrecargado de explosivo moral a quien el destino habrá de herir sañuda y repetidamente para doblegar-

lo. No es un débil siendo un tímido. Padeció la miseria y, por miserable, a sabiendas del riesgo que desafía, aceptó, al arrendar los campos malditos, lo que tantos, más precavidos o miedosos, eludieron. ¿Cuál la culpa de este pecho abierto a la bondad, trabajador como el que más, esposo y padre en quien el cariño tanto abunda que alcanza obsequiosamente al caballo y al perro cuotidianos?: la pobreza. “¡El pan! ¡Cuánto cuesta ganarlo! ¡Y cuán malo hace a los hombres!”: clama el novelista ya en el trámite postrero de la novela historia con palabras que cifran su acerbo sentido.

Ni un segundo de sosiego para Batiste en su cuerpo a cuerpo con el infortunio. Y cuando consiga una tregua, comprenderá de pronto, ante la vega azul de noche, contemplando las estrellas — ya abrumado de angustia — que esa paz la consiguió a trueque de inmolar lo que más quería: el pobre Pascualet, tan hermoso con aquella piel fina, con aquel pelo rubio muchas veces acariciado. Término de su andanza — habla otra vez Blasco Ibáñez — será caer en medio de un desierto: “el vacío del odio es mil veces peor que el de la Naturaleza”. Tremendo el irse barranca abajo del infeliz proletario rural que en vano quiso emanciparse de su eterna carcelera. Y el espectáculo irradia belleza por ser Batiste un fuerte, varón de holgada salud y heroica voluntad. Compréndese bravo y como tal se conduce ante la afrenta cotidiana y la asechanza mortífera. Frente a él en vano se contoneará el disimulado Pimentó, “cazador de pájaros con liga, enemigo del trabajo y terror de la contornada”, personaje cuya agencia dentro del equilibrio novelesco será, aparte su pugnacidad contrastante, la de iluminarlo a guisa de reflector moral, esclareciendo al protagonista, ante el lector, en sus perfiles y repliegues.

La miseria hace de Batiste un intruso en ambiente cuya reacción automática consistirá en convertir en delincuencia la conducta en sí honradísima del invasor. Chocan colectividad e individuo, y el encuentro es a morir porque idéntica pureza ética anima a ambos. Honrada y justiciera en su venganza. la huerta; honrado y asistido de justicia en su agresión. Batiste. Este y aquélla representan polos coincidentes de morales que se excluyen. Así, cuando el protagonista, al dar muerte a Pimentó, comete una acción que su íntima voz repudia, pasará sin transición, y es un efecto de arte que no deja de

revestir potente significación moral, del castigo que su conciencia le inflige al que le aplica la gente de la huerta. Entre los terrores de un mal sueño, la sobrenatural aparición del sangrante Pimentó será imagen que se confunda con la espantosamente cierta de su barraca incendiada por manos vengadoras. Púrpura de pesadilla y púrpura de incendio, al acontecer simultáneamente, se amalgaman en su conciencia en una sola tremenda emoción que duplica en amargura su sentido de fatalidad punitiva. Mató siendo bueno y siendo bueno es castigado. Batiste es un prócer encarnación de la inocencia rebelde y sufridora.

Y sin alegación ni tesis. Recuérdese que son los días de *Juan José y Tierra Baja*. Pintores y escultores pujan con dramaturgos y novelistas por comunicar a sus obras latidos de la circunambiente tragedia social. *Germinal* ilumina en los horizontes de Europa a los soñadores de la redención proletaria. Eso — la tesis — para Blasco Ibáñez corresponderá más tarde, en la serie de novelas, no regionales sino españolas, que comienza en *La Catedral* y halla cabo en *La Horda*. El sentido de piedad humana, la mayor intimidad de este hombre sin profundidades, se confunde ahora en un solo acento con la creación literaria, y sin descentrarse. Por ello Batiste, hijo del pueblo y su víctima, a la vez que de los amos interesadamente generosos con él, yergue su límpido perfil en la explanada del arte verdadero. Anímalo la tremenda neutralidad de la justicia. Sus labios que no exhalan doctrinarias peroraciones, acusan con silencio de lágrimas.

*La Barraca*, más allá de la materia y la expresión, es novela popular, no por ojeriza a los bienhallados sino por amor a la multitud oscura. Este no le vedó a Blasco Ibáñez presentar — ¡y de sus conterráneos se trata! — a los hijos de la huerta con la suma de sus esquiveces y virtudes. Por ello las arrugas que surcan el rostro de los Arestis, los Lunas y los Maltranas, entes de depauperada sangre ideológica, no marchitan las mejillas de Batiste. El mísero habitador de las tierras infaustas, entre los cadáveres del hijo bien amado y del astuto enemigo, dirá claramente al porvenir cuanta fué la amargura social de sus días. Y las limitaciones — perennes — de la solidaridad entre los hombres. Al mismo tiempo, envolviéndolo en su autoridad, cosa grosera elevada por la hechicería artística al nivel de personaje anímico, donde confluyen los

opuestos aluviones de una conciencia que se engalana y enluta, conforme el vaivén de un atorbellinado sentir moral, la barraca de su estéril fatiga habrá de perpetuar una de las más afortunadas empresas de realización simbólica a la vez que terruñera en la literatura universal de naturalismo.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.